



Life

# Los guardianes de la espectacularización de la cultura

**VERA LUCÍA JIMÉNEZ\***

**E**sta vez tomaré a Augusto Monteroso muy en serio. No me vaya a pasar como a aquel crítico mexicano que cada vez que se refería a *La palabra mágica* no podía evitar la carcajada, como si fuera una obligación reír cuando por casualidad se lee “El dinosaurio” o esa otra fábula en la que una rana, por querer ser auténtica, se deja arrancar las ancas y se deja comer y todos la recuerdan porque era divertida y, más aún, porque se parecía a un pollo.

Entonces leo *La letra e* con reserva aunque también como lo haría Gabriel García Márquez, con las manos arriba, porque, a pesar de su crudo realismo, entre líneas resalta la “belleza mortífera de la falta de seriedad”. Los narradores peruanos, dice, especialmente los poetas, escriben cosas tristes, incluso sobre aquellas cuestiones que él llamaba “los aspectos amables de la vida”. Su hipótesis versaba acerca de que siendo César Vallejo uno de nuestros

poetas más ilustres y, además, uno de los más desdichados, nadie se atrevía a desafiar aquel temperamento angustiado, acaso porque sería una falta de respeto. Pienso que con los años esa tristeza ha ido madurando nuestro sentido de la solemnidad y luego, por temor al ridículo o el afán de seguridad, se ha convertido en una falsa rigidez de las formas, un elogio a la buena educación que, como sabemos, en poesía no funciona.

Digo todo esto porque entre nosotros persiste la idea descabellada de que a la cultura hay que rescatarla de los vicios de la sociedad del espectáculo, que si no es seria no es cultura. Nada más equivocado. Todo lo contrario, bien dice Jesús Martín Barbero que la cultura no es de ninguna manera un campo restringido de prácticas o productos (música, teatro, cine, historia) sino la dimensión creativa de la vida cotidiana. Desecha también la noción clásica/arqueológica/necrofílica de la cultura que el mercado tanto se esmeró en nombrar, reducir y aislar.

\* Estudiante de periodismo en la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la PUCP.

Paréntesis. Todo esto me hace sospechar de la casera que vende libros usados en el mercado de Magdalena. Les explico: la primera vez que fui, llevaba en mi bolsillo una lista de libros recomendados por amigos y profesores y caminaba libremente entre los estantes, que eran dos y eso ya es mucho. La señora, después de varias semanas, debió darse cuenta de que prefería la literatura fantástica porque me daba empujoncitos para que me quede en mi sección y le causaba disgusto que desordenara los libros de historia o filosofía o las revistas de modas o ese librito de record Guinness que cuenta cómo un alemán logró salvarse de una muerte segura tras dejarse atropellar ocho veces en dos minutos. “¿Usted va a periodismo, verdad? ¿Para qué le va a servir lo demás? Aquí es usted, aquí”. En ese momento no la refuté, primero porque es una señora muy intimidante que según su cartel “confía en Dios, pero no fía a nadie”, y luego porque si voy a ser periodista en el Perú, me haría falta toda la literatura fantástica que pueda consumir.

Cuando recuerdo esta anécdota, no dejo de pensar sobre el impacto del mercado en la cultura y su ambición por desmenuzarlo todo hasta alcanzar la fragmentación del conocimiento según nuestros intereses y billeteras: tenemos a quienes les gustan las artes, quienes prefieren la ciencia y tecnología, la política, la moda. Y estas a su vez se han diversificado: si te gusta la literatura, bien, pero qué género. ¿Los cuentos? ¿Los fantásticos o los realistas? ¿Qué autor? Esta taxonomía no ha hecho sino volver a la cultura un bien inalcanzable, privilegiado, propio de

cenáculos pintorescos que ahora molestan a todos con la cantaleta de sus sociedades anónimas, la oferta y la demanda.

Quedamos en que en una sociedad como la nuestra el espectáculo atraviesa a la cultura y que, a pesar de algunas fallas técnicas, su transformación ha traído consigo más de un beneficio. Sin embargo, lo que todavía resulta cuestionable es la poco célebre espectacularización de la cultura, que no es otra cosa que la perversión de las relaciones iniciales entre cultura y espectáculo que ha terminado por banalizar los contenidos con el fin de hacer la vida más digerible, como las pastillas de Joaquín Sabina que lo inhiben de soñar, lo vacunan contra el azar y le curan la alergia del mal de amores.

## LAS PASTILLAS

¿Recuerdan que en las páginas iniciales de *Cien años de soledad* un grupo de gitanos visitaba Macondo con el fin de vender un sinnúmero de monadas que los aldeanos compraban con gusto a pesar de no encontrarles utilidad alguna? He llegado a la conclusión de que con el paso del tiempo se ha erradicado sistemáticamente el ejercicio del engaño aficionado para abrir paso a la profesionalización de la estafa, el embauco y la charlatanería. Tuve esa impresión tras conocer la importación de unas pastillas que en Estados Unidos fueron un éxito de ventas y que ahora en América Latina se reparten sin prescripción.

Son unas píldoras que recomiendan tomar antes del desayuno, almuerzo y comida. Según dicen, uno de los grandes

beneficios es que refuerzan nuestro sistema inmunológico, explican algo sobre plaquetas y glóbulos blancos que no entendí muy bien, pero que aseguran nos protegen de lo desagradable: políticos, tráfico, huelgas. Al reverso del empaque, en letras pequeñas dice: no agitar(se), no abrir en caso de emergencia. Todo bien, salvo pequeños efectos colaterales como el adormecimiento del hemisferio izquierdo del cerebro y un poco del derecho; el estallido de una risa incontenible incluso cuando uno no ha entendido el chiste; sordera selectiva y amnesia.

Como no tienen que creer lo que les digo, les contaré qué sucedió con el cine argentino durante la dictadura de Videla. A pesar del cierre de los estudios, Hugo Sofovich fue uno de los directores más fecundos entre los años 1976 y 1983 con títulos como *Las mujeres son cosas de guapos* o *A los cirujanos se les va la mano*, protagonizadas por el dúo Porcel-Olmedo. La proyección masiva de las comedias pícaras respondía a uno de los tantos proyectos de la Junta Militar para distraer a los civiles de las vilezas que se ejercían desde el poder y para difundir políticas culturales de turno como la victoria del pillo frente al tonto, que no es más que la conocida burla del bellaco frente al débil, pero también sirvió para validar otras variantes del poder: cuando los ciudadanos se vuelven cómplices de la autoridad y consienten atrocidades con su silencio. Hugo Salas recuerda un chiste viejo de Porcel: “No sabés, ayer iba por la calle y vi a cuatro tipos fajando a un enano”. A lo que el otro pregunta: “¿Y qué hiciste?”, y el otro responde: “¿Qué

iba a hacer? Me metí y entre los cinco lo reventamos al enano”.

Algo parecido sucede con los bienes que se producen tras la espectacularización de la cultura. Uno de los fenómenos que más ha atemorizado a los intelectuales a lo largo del mundo —algunos de ellos con trágicos episodios de paranoia y nostalgia— es que hoy en día se adolece de la reafirmación de la apariencia frente a lo real. Feuerbach decía que en nuestro tiempo se prefiere la imagen a la cosa, la copia al original, la apariencia al ser y lo que es sagrado es la ilusión y lo profano, la verdad. En ese deseo contemplativo, nuestra capacidad crítica desmaya, el diálogo se vuelve prescindible y el debate, obsoleto. “A medida que la necesidad resulta socialmente soñada —dice Guy Dubord—, el sueño se hace necesario. El espectáculo es la pesadilla de la sociedad moderna encarnada, que finalmente no expresa más que su deseo de dormir”.

Ahora bien, a mí y a tantos otros nos ha tocado vivir esta época de ocaso de los ídolos, de deshumanización del arte, de nintendos, de Wikipedia, de desesperanzas aprendidas acerca de que todo lo que funcionaba antes ahora no sirve de nada y demás ejemplos aún más dolorosos que no menciono porque ya no me darían ganas de terminar de escribir este artículo. Me preguntaba si a alguien se le había ocurrido crear un movimiento subversivo en contra de esta parafernalia de la espectacularización. Y se me vinieron a la mente todos los apelativos que se usan para nombrar a un grupo de jóvenes que se catalogan a sí mismos como independientes o *hipsters* —no hamsters, que suena parecido



Life

pero no es igual— y surgen como una respuesta al bombardeo masivo de estas pastillas. ¿Son los *hipsters* los antihéroes del sistema imperativo? Marx diría que no y la historia me ha enseñado que es bueno tenerlo de nuestro lado.

### LOS HIPSTERS

Todo esto me recuerda un cuento de Andrés Neuman titulado “La ropa”. Narra la historia de Arístides, un funcionario que asistía al trabajo completamente desnudo frente a la mirada reprobatoria de sus colegas. Poco a poco sus compañeros

empezaron a ir a las oficinas también desnudos y hasta les daba vergüenza recordar que alguna vez fueron vestidos. Los empleados disfrutaban de la frescura de sus cuerpos, se daban de nalgadas, se divertían con sus bíceps, pero cuando volvían hacia Arístides, él les respondía con gestos de desprecio. Uno de ellos piensa “Por algún motivo no tengo la sensación de venir al trabajo igual que Arístides. Digamos que lo intento cada mañana. Y no, no es lo mismo”.

Este cuento gira en torno a dos nociones fundamentales: la forma y el fondo

o, si se quiere, la apariencia y la esencia. Todos los empleados querían lucir como Arístides, y a simple vista lo hicieron, sin embargo no lograron entender las razones primigenias de su peculiaridad. Saben que a pesar de los intentos solo podrán alcanzar una falsa desnudez.

Esa sensación de vacío que nos produce la tenencia de una forma sin fondo es la que diariamente experimentan quienes siguen las modas y no los estilos, los que dicen que el sistema molesta por capitalista y opresor pero compran laptops carísimas para escribir en sus blogs sobre lo mal que va el mundo. Esas, sin embargo, son contradicciones fáciles. En una sociedad que vive atormentada por lo masivo, ser independiente es la voz. Es decir, escuchar música que unos cuantos conocen, leer autores contemporáneos —nunca latinos, siempre europeos y en idioma original—, vestir con ropa de segunda o envejecida a propósito, y jamás, aunque sea la mayor tentación, aceptar que son *indies*.

Aquí está el truco: los *hipsters* (o *indies* en general) lucen como si fueran personajes que traman una revolución intelectual, sin embargo con sus poses culteranas no hacen sino reinventar una antigua élite que, al parecer, tiene más vidas que un gato, un elefante y una vaca juntos: los *snobs*. El *snob* desea ser diferente, no como síntoma de indisciplina o espíritu reaccionario sino como última esperanza de alejarse de lo común, de lo colectivo. Consiste en el uso del intelecto para demarcar clases sociales. Los pillo con algunas preguntas sencillas: ¿Qué pretenden con tanta alharaca superficial?

¿Qué defienden? ¿Qué critican? ¿Qué ideas se les ocurren para solucionar los problemas que nos agobian? No faltará quien me refute y pregunte si acaso para ser *indie* se necesita el respaldo de un discurso político. Les diría: “Claro, si te eriges como símbolo del antisistema y te propones ser consecuente con tus ideas, sabrás entonces que debes contradecirlas con otras ideas que, organizadas, construirían otro discurso inevitablemente político”.

Esencialmente soy una pacifista y no consentiría nunca una caza de brujas, pero con los *hipsters* haré una excepción. Nos organizaremos a modo de cuadrillas y cuando veamos a uno caminar por la calle, lo perseguiremos, lo espíaremos, imitaremos su afectación del lenguaje, vestiremos como él, hasta que vea que ser *hipster* es muy popular y elija otra pose, así eternamente, por los siglos de los siglos.

Para terminar, una solución de bolsillo para la espectacularización de la cultura: la práctica metódica de la verdadera originalidad (sin fe de erratas, aunque suene redundante), que llevada a sus últimas consecuencias se convierte en la más genuina de las extravagancias. Dice John Stuart Mill: “La excentricidad ha abundado siempre donde y cuando ha abundado la fuerza de carácter; la cantidad de excentricidad existente en una sociedad ha sido por lo común proporcional a la cantidad de genio, fuerza mental y valor moral que esa sociedad tiene. Que tan pocos se atrevan hoy a ser excéntricos constituye el mayor peligro de nuestra época”. ■